

contestación te digo que leas el capítulo siguiente, si quieres que tu curiosidad quede satisfecha.



CAPITULO X

La tentación vencida.

BRILLANTISIMOS fueron los exámenes que hicieron Jacinto y José en la universidad matritense, donde obtuvieron el grado y la borla de doctor en leyes, entre el aplauso y los parabienes de sus condiscípulos. Volvieron, pues, los dos jóvenes á Sevilla cargados de laureles y triunfos literarios, capaces de envanecer y llenar de satisfacción á sus familias. La primera diligencia de la condesa, cuando llegó el hijo á su casa fué aconsejarle como buena madre que hiciera una semana ó diez días de ejercicios espirituales, bajo la dirección de su director (que era un padre Jesuíta) ya para purificarse de las inmundicias universitarias, si alguna había contraído, ya también para prepararse con ellos á entrar en posesión de las riquezas paternas y del título de conde que ella quería otorgarle.

Durante aquellos días de retiro y de

silencio fué cuando José, elevándose á la contemplación de las verdades eternas, descubrió los inmensos y confusos horizontes de la vida humana, viéndose á cada momento perplejo y atormentado con las incertidumbres de un porvenir dichoso ó funesto. Más de una vez, aconsejado por su confesor, se había puesto á meditar sobre el camino que debía tomar: sobre el estado que había de elegir, y sobre el partido que debía abrazar una vez hecha la elección de estado. Su corazón naturalmente bueno, y la pureza de su vida le inclinaban á imitar los ejemplos de virtud que había visto, siendo joven, en los religiosos de la Compañía; y aquel ardiente deseo que sentía de ser amado le hacían soñar á veces con un ángel en forma humana, que siendo el compañero de su vida compartiría con él las penas y las alegrías de este destierro; y entonces aparecía á sus ojos, hermosa y radiante la figura de Inés, á quien dió en llamar el ángel de sus sueños; pero como temía que ella quería ser religiosa, terminaba siempre este importante punto de meditación, poniendo su futura suerte en manos del Patriarca San José, pidiéndole afectuosamente que le allanase el camino de la vida para poder sin tropiezo arribar á la patria bienaventurada.

De común acuerdo convinieron las dos familias pasar aquel verano en la quinta que ya conocen nuestros lectores. Agustín fué el que puso más empeño en ello, porque le pareció que de allí saldría indefectiblemente el casamiento de Inés con el condesito. La condesa accedió con gusto, porque se llevaba muy bien con Doña Fernanda, y amaba en extremo á Inés, á quien solía llamar con marcado acento *hijita* desde que conoció que su hijo la amaba, si bien respetando en su interior el derecho que tenía á elegir el estado que más le agradara. Concepción, que había ocupado en el corazón de Inés el lugar que tenía Flora antes de entrar en el convento, se avino mejor que nadie á pasar aquella temporada en compañía de su amiga. El único que recelaba ir era José, porque le habían contado tantas cosas de Inés, que como amante apasionado llegó á sospechar si algún pícaro sacristán la habría engañado con sus apariencias místicas para meterla en un convento; y despechado con este pensamiento, interiormente llamaba á Inés sin pensarlo tonta, necia, ingrata y escéntrica; pero cuando lo notaba, volvía sobre sí, reprendíase con viveza, y la adoraba de nuevo como al ángel de sus sueños y á la compañera de su vida. Fluctuando pues, entre el

temor y la esperanza, tuvo que marchar con todos; pero dispuesto á ser muy reservado hasta que observara y espicara con toda diligencia á Inés, á ver si sorprendía en ella algún síntoma ó señal de lo que temía. Apenas llevaba en la quinta cuatro días, cuando las virtudes de Inés le llamaron la atención sobremanera. Su espíritu observador escudriñaba con atención todas las acciones de Inés, sus móviles y sus fines más ocultos, y al descubrir en ella cada día más subidos quilates de virtud, se avergonzaba de haber formado tan bajo concepto de ella. Inés, con su elevación de pensamiento, su nobleza de alma, su hermosura incomparable y su honestidad sin tacha, le pareció una mujer superior á todas, con una superioridad tanto mayor, cuanto que ella misma parecía ignorar su propio mérito, á pesar de verse reverencia de todos. Estas eminentes cualidades de la hija de Agustín robaron por completo el corazón de José, el cual tenía que hacer grandes violencias para ocultar el fuego que en él ardía. Como era bien nacido y miraba á Agustín como á padre, á él fué el primero á quien declaró su pensamiento, manifestándole la secreta simpatía que Inés le inspiraba y lo dichoso que sería si lograra unir su destino con el de aquella alma santa.

Agustín, que no deseaba otra cosa, y que con ese intento había procurado la venida de la Condesa y sus hijos, disimuló el gozo que esta pretensión le causaba y se contentó con decirle: "Ella parece que tenga más altos pensamientos: se ha encaprichado en ser monja, cosa que yo no quiero, y por eso no me atrevo á darle una palabra que no esté en mi mano cumplir. En cuanto está de mi parte yo te cedo la mano de Inés, pero á cuenta tuya y de su hermano Jacinto corre el obtener su consentimiento, porque yo no quiero casarla contra su voluntad."

José dió las gracias al disimulado Agustín, y con la venia de éste se puso á buscar ocasión para hablar con Inés á solas. Mucho le costó por cierto encontrarla, porque las inseparables compañeras nunca se separaban; y como el amor no admite dilaciones, saltó por cima de todo, y bajó á la huerta á declararle á Inés su pensamiento una tarde en que las dos amigas estaban en el jardín, haciendo unos ramos para el altar de la capilla.

José se hizo el distraído, y como si anduviera persiguiendo una mariposa, así corría de planta en planta y de arbusto en arbusto, hasta que se acercó al sitio en donde Inés y Concepción tejían sus ramos. El corazón le latía de

una manera inusitada: sentía el ánimo turbado, y temía que sus palabras comunicaran su turbación á la candorosa Inés. Hizo un esfuerzo sobrehumano para acercarse y adelantó unos pasos hacia ella; pero pronto retrocedió ruborizado, porque le pareció un crimen turbar la paz de la inocencia, declarando el pensamiento que en su pecho abrigaba. Por fin se acercó con trémulos pasos y dirigió á las dos amigas esta melodiosa pregunta: ¿Qué hacen las palomitas de María?

—Un ramo para nuestra Madre, contestó Inés.

Bien quisiera yo tener parte en el mérito de esta obra, y supongo que V. no despreciará la flor que yo le ofrezca.

—No, de ningún modo: que yo también tendré sumo gusto en presentar á María las rosas de un hijo suyo.

—Dichoso me juzgo hoy porque mis flores serán ofrecidas á la Virgen por manos de V.; pero aún sería más dichoso si . . . si . . .

—Si se las ofreciera Concepción, que es más buena que yo, le interrumpió Inés que ni siquiera sospechaba las intenciones de José. Este se vió cortado cuando estaba á punto de hacer su declaración, y el rubor tiñó de carmín sus blancas mejillas. Concepción, que oyó la alabanza de su amiga, herida en su humildad

trató de disimular como si nada oyera, y cantando por lo bajo se retiró hacia el rincón de las dalias donde se puso á cortar las que necesitaba para el ramo.

Viendo tan bella ocasión, hizo José el último esfuerzo, y sin atreverse á mirar á Inés por el respeto que ésta le infundía, teniendo sus ojos fijos en el ramito de azucenas que tenía en sus manos, entabló con ella este diálogo que llenó de júbilo á los ángeles que lo escucharon:

—Inés, tengo que revelar á usted un secreto, y para ello cuento con el permiso de su padre.

—Pronto, pronto, José. ¿Será usted acaso el dichoso mortal que me trae la buena nueva de mi redención? ¿Me ha obtenido usted de mi padre una gracia que los ruegos de mi madre juntos con mis lágrimas no han podido conseguir?

Estas palabras tan ambiguas lisonjearon las esperanzas de José, el cual, alentado con ellas, continuó: No sé cómo decirlo, Inés; perdone V. mi franqueza, y por Dios no se turbe, si no acierto á decirlo con la delicadeza que V. merece. Mil veces he oído decir á mi madre que se tendría por dichosa, si lograra dar á V. el dulce nombre de hija; el padre de V. dice de mí lo mismo; y yo he descubierto en V. al ángel de mis ensueños. Con que Inés, no se

niegue V. á labrar la dicha de los tres seres que más la aman sobre la tierra.

Aquí dió un suspiro para desahogar el ardor de su pecho, y enmudeció, esperando en silencio la respuesta de Inés. Ella, como si nada hubiera oído, absorta y abstraída había clavado sus penetrantes y enternecidos ojos, en un objeto entrañablemente amado, pero invisible y desconocido para José. Su rostro angelical conservaba la acostumbrada expresión de franqueza y de candor, pero esta vez realizado por no sé qué de misterioso. Una ligera y dulcísima sonrisa se mecía alrededor de sus labios, como se balancea una rosa sobre el tallo que la sostiene; y su frente espaciosa, eresa y blanca, medio cubierta con el velo de las vírgenes, parecía el trono dondè la pureza reina sin contrarios que la persigan.

José, sin mirarla todavía, y extrañando su silencio, volvió á interrogarla:

—¿Qué me dice V.?

Esta dió un suspiro, y como si volviera de un éxtasis delicioso, exclamó con la esposa de los cantares:

—Mi Amado para mí y yo para mi Amado.

José levantó los ojos y vió que los de Inés tenían aquella inocencia de paloma que dice el poeta sagrado, y que su mirada estaba fija más allá de los ob-

jetos que la rodeaban, en uno, visible sólo para ella, y que sin duda alguna le había robado el corazón; y al verla así sintió en su alma una respetuosa emoción. Perdóneme V., Inés, añadió, si con mi franca declaración la he ofendido; y más si ella le ha traído á la memoria otro amante más dichoso que yo.

—Sí; el que hirió mi corazón y en él grabó su sello, para que no pueda yo admitir otro amante más que él, respondió Inés.

—¿Luego renunciáis á ser la condesa de Valdelirios?

—Toda la gloria del mundo con sus grandezas y pompas vanas, las he despreciado por amor de Aquel á quien adoro, en quien espero, á quien amo y á quien quiero con toda el alma.

—¿Es decir, Inés, que he llegado tarde, que ya tenéis otro amante?

—Sí, ya estoy prometida á otro de cuya belleza el sol y la luna se maravillan, porque es el más hermoso de los hijos de los hombres.

—¿Habláis del esposo divino?

—Sí, de El hablo; á El debo mi vida, á El guardo mi fe, y á El me entrego con toda confianza; porque El me abraza y quedo pura, yo le acaricio y me conservo casta, yo le estrecho sobre mi seno sin dejar de ser virgen—y al decir estas palabras apretó Inés so-

bre su pecho el crucifijo que llevaba al cuello.

—Pues, que ese amor dure mucho y haga á usted feliz.

—Eternamente, eternamente, respondió ella.

El coloquio había terminado: José estaba emocionado sin acertar á separarse de allí. Aquella negativa había profundizado la herida de su corazón y casi lo había transformado; á pesar de ver la imposibilidad de lo que pretendía, amaba á Inés más que antes; pero la amaba ya con ese amor purísimo con que se aman los ángeles del cielo. Renunciaba de buena gana á ser el esposo de Inés; mas quería poderla llamar hermana.

—Amable Inés—volvió á decirle—me consuela el saber que no me desprecia usted por ningún esposo humano, sino por el divino, y puesto en parangón con El, yo no puedo menos que aplaudir la resolución que usted ha tomado.

—¿Despreciar yo á usted? ¡Dios me libre! Siento en mi corazón un profundo aprecio y un inmenso cariño á la persona de usted; pero ese cariño no corresponde al amor que usted acaba de manifestarme, porque uno es mi Amado y á El vivo consagrada. Si así no fuera, sería el Conde de Valdelirios el único mortal que tendría derecho á lla-

marme suya. En cuanto á mi resolución, juzgue usted mismo, si puede ser dudosa la elección entre lo percedero y lo durable, entre lo temporal y lo eterno, entre la criatura y el Criador, entre el tálamo terreno y el celeste; entre el Esposo Divino y el esposo mortal. Con este último, por cada hora de gusto hay un día de pena, por cada día de placer un mes de pesares, y por cada mes de gozo, años enteros de angustias y zozobras. Y aunque la dicha y el placer fueran constantes, llega al fin un día en que la muerte arrebatá á uno de los consortes, y para el otro no queda más que viudez penosa, amargo llanto y triste soledad. Mas el esposo de las almas puras (que á él se han consagrado) no le toca la muerte, y ésta, lejos de apartarme de sus brazos, me llevará á ellos, para jamás separarnos. Por eso envidio la muerte del alma religiosa, que rodeada de otras almas castas oye entonar para alivio de su agonía aquel *ven esposa de Cristo á recibir tu corona* . . . A eso sólo aspiro, á morir virgen, como la madre del Verbo, para que mi alma vuele por los espacios celestes hacia el tálamo divino; y allí en aquel piélago infinito de suavísima luz, gozar las inefables delicias del divino Esposo, siempre puras, siempre nuevas, siempre llenas de indefinibles consuelos. Dichosa

yo, si aquí y allí logro vivir eternamente embriagada en sus purísimos amores. Mi resolución al menos es ésta, y resolución irrevocable, porque he jurado vivir y morir defendiendo la inmaculada bandera de la Virginidad. Esta flor—añadió mostrando á José el ramo de azucenas que tenía en la mano;—esta flor es su símbolo, guárdela usted para que le recuerde siempre la conversación que aquí hemos tenido.

—No—contestó José;—ofrézcaselas usted á la Virgen de mi parte, y pídale que me inspire la heroica resolución que usted ha tomado.

En esto llegaba Concepción trayendo la falda de su blanco delantal lleno de dalias que entregó á Inés sonriendo; y José aprovechó aquel momento para separarse de allí disimuladamente, yéndose á la sombra del naranjo á darse cuenta de lo que le había pasado.



CAPITULO XI

En el cual el autor calló de intento la materia de que trata.

SENTOSE nuestro joven debajo de aquel árbol testigo de los suspiros de Inés; estaba el pobrecillo sofocado y como fuera de sí, dudando si dormía ó velaba, si era sueño ó realidad lo que le estaba pasando. Si la tierra se le hubiera abierto de repente para tragárselo; ó si el sol se hubiera oscurecido de improviso en mitad del día, dejando el mundo en tinieblas; ó si la mariposa, tras la cual poco antes corría, se le hubiera convertido en horrible Dragón, es probable que el pobre José no hubiera quedado tan atónito, tan espantado, ni tan fuera de sí como le dejó la resolución de Inés. Su corazón había sufrido un desengaño tremendo, un desencanto cruel, y estaba asombrado, yerto, como si en un punto hubiera perdido para siempre toda la alegría de su vida; pe-

ro jamás exhaló por ello un suspiro, ni se le escapó una queja, ni dió el más leve indicio de la amargura que torturaba su alma. Inés comprendió perfectamente lo que pasaba en el fondo de aquel corazón herido, se lo agradeció profundamente, y hasta quiso mitigar sus penas, evitando de allí en adelante el verse á solas con José.

Su padre, por el contrario, le rodeaba sin cesar buscando oportunidad para hablarle del asunto; pero viendo la reserva que José guardaba y no pudiendo aguantar más, le soltó un día á quemarropa esta pregunta: ¿Cómo anda el negocio? Tú la amas y ella te quiere; pero tu timidez por un lado y sus escrúpulos por otro, os alejan mutuamente, haciéndolos creer que todo es pecado.

—No es eso Agustín—respondió José con amarga tristeza;—Inés misma me ha dicho que ha consagrado á Dios su corazón todo entero, que será religiosa, y así, que no piense más en ella.

Agustín se mordió los labios de rabia, y fingiendo que aquello era una sonrisa, exclamó: ¿Inés monja? ¡Vamos, no seas niño! ¿Cómo quieres que se meta de monja una joven del talento y hermosura de mi Inés? ¡No, hombre no! Monjas sólo se meten las tontas, ó las feas que no tienen quien de ellas se acuerde; ¿pero Inés? ¡Cá! ni pensarlo. Ni yo lo con-

sentiré, ni ella lo querrá ser; si tú te atraviesas por medio, Inés será tu esposa, si tú no renuncias á ella, es decir, si tú te atreves á quitarle los escrúpulos que ha sacado del colegio.

Todo este razonamiento lo oyó José meditabundo, con la cabeza inclinada y los ojos bajos, revolviendo allá en su pensamiento lo que Inés le había dicho, y al terminar Agustín su última frase, irguió la frente, y con grande pena, pero con voz reposada, síntoma de una decisión resuelta, contestó: Sólo Dios sabe el sacrificio que me cuesta renunciar la mano de Inés; pero conozco ahora que no soy digno de poseer un alma tan hermosa, que sin duda alguna Dios ha criado para sí. Que se consagre pues al Esposo de las vírgenes, que sea religiosa, que así y todo, yo no podré olvidarla, yo la adoraré siempre; yo la amaré más cada día con el purísimo y santo amor que ahora le profeso. Porque ha de saber usted que la quiero mucho, más que á mí mismo, más que usted pueda quererla; pues la quiero toda para Dios. Y aunque me cueste la vida renunciar su mano, y aunque yo pudiera fácilmente hacerla mía, no seré yo quien le quite su vocación ni quien se oponga á la voluntad divina. Sea ella feliz, siendo esposa de Cristo, y mis deseos están cumplidos. Al decir esto, José cogió el som-

brero que tenía sobre la mesa, y desapareció de allí para no volver á pisar más la quinta de Agustín, el que, al verlo marchar, se quedó helado y musitando: ¿Si será manía? ¿Si la otra le habrá pegado sus escrúpulos? ¿Si andará el diablo por medio? Y como era hombre que hacía las cosas antes de pensarlas, salió de allí en busca de su hija.

Encontróla por fortuna sola en su habitación, y sin más preámbulos ni rodeos, ocultando la ira que le devoraba, y mostrando una pena que no tenía, comenzó á decirle:

—¡Necia! ¡ingrata! ¡mevas á quitar la vida!

Inés, víctima de una sorpresa, comenzó á palidecer, y miró á su padre con mucha extrañeza, como queriendo decirle: pero ¿qué pasa? El, que comprendió muy bien la expresión de aquella mirada, contiúo: ¡Ingrata, más que ingrata! Tu padre se desvela por hacerte feliz, y tú por despreciar la felicidad que tu padre te procura. Yo me desvivo por proporcionarte un porvenir dichoso, y tú por alejar de tí el brillante porvenir que yo te había proporcionado. ¡Ingrata! ¿Así correspondes al amor que te tengo? ¿Así me pagas los desvelos que por tí me he tomado?

—Si usted supiera lo mucho que lo quiero, quizá no me diría eso, porque no

hay en todo el mundo otra criatura á quien yo ame como á usted; pero. . . .

—¡Pero no me quieres dar gusto en nada, y quieres acabar conmigo!

—¿Yo, papá?

—¡Tú, tú misma! ¿Por qué has rehusado tan groseramente la mano de José, que podía hacer tu felicidad, y la de toda la familia?

—Porque Dios me llama al claustro, y quiero ser religiosa—contestó Inés sencillamente.

—¡Necia! ¡insolente! ¡atrevida!—gritó Agustín medio desesperado.—¡Mala hija! vete de aquí y ten entendido que si no desistes de tu manía te daré de palos; y al decirlo, dió tan fuerte puñetazo en la mesa donde Inés tenía sus labores, que todo fué rodando por tierra. Agustín tomó la puerta y la pobre Inés tapándose la cara con su blanco delantal, y oprimiéndose con las manos sus labios para que no se le escaparan los sollozos, se metió en su alcoba, y arrojada ante la imagen del Corazón de Jesús que allí tenía, dió rienda suelta á su llanto.

¡Ay de mí, Señor,—decía—ay de mí, que cada vez estoy más lejos de vos, Dios mío! Yo desprecio las vanidades del mundo, y ellas me persiguen sin cesar. Yo deseo volar á la soledad y cada vez hallo más cerrada la puerta para en-

trar en ella. ¡Ah! si me hubiérais criado menos rica ó menos noble, si me hubiérais hecho menos hermosa ó más desgraciada, quizás mi padre fomentara mi vocación, quizás el mundo me despreciara, quizás estaría ya en un convento, gozando las delicias de tu amor, libre de tanta seducción, de tanto peligro, de tantas ilusiones y mentiras como en el mundo veo. Dichosos los que moran tu casa. ¡Dios mío! ¿Cuándo me concederás á mí esa dicha? ¿Cuándo moraré yo en tu palacio? ¡Sea pronto, Señor mío; sea pronto, cueste lo que costare, aunque sea la sangre de mis venas! ¡Dichosa yo si por tí la derramara! ¡Dichosa, si por serte fiel me azotara mi padre, y padeciera yo por tí algo de lo mucho que tú por mí padeciste! ¿Hasta cuándo, Señor?

Inés creía que nadie le escuchaba, y por eso desahogó su corazón con el soliloquio que hemos apuntado: pero se engañaba, porque su padre estaba detrás de la puerta oyéndolo todo. Hubo un momento en que estuvo á punto de estallar, correr hacia su hija, cogerla por el cabello y arrastrarla por el suelo; mas al oírle decir que deseaba ser azotada por imitar al Salvador del mundo, le dió un golpe el corazón, y comenzó á pensar si sería cierto que Dios escoge algunas almas para sí, y las llama clara, distin-

ta y resueltamente. Despreció aquella corazonada, cual si fuera una tentación, y dió entrada á una tentación verdadera que el diablo le sugirió. He perdido el pleito—se dijo—pero pobre porfiado saca mendrugo. No ha podido ser en la temporada de verano, pues será en la de invierno: yo no desisto. Un día la llevaré á tertulias, otro á bailes, luego á los toros, y no me ha de perder este invierno una función de teatro. Así le tengo quitados los escrúpulos para carnaval, y entonces veremos cómo no se hace sorda á las voces del Condesito. ¡Tonto de mí!—añadió dándose un golpe en la frente—¿Cómo no se me ocurrió antes esa idea?

Y dominado por esta diabólica idea, dispuso Agustín cuanto antes el regreso de la familia á Sevilla, pretextando no sé que negocio urgente; pero en realidad no había nada. El mismo se dedicó desde luego á buscar amigas y amigos para su Inés, con el exclusivo objeto de que la trajeran y la llevaran arriba y abajo, de acá para allá, á fin de no darle tiempo para pensar en su vocación ni en nada bueno. El se gastaba á veces un dinerito en billetes de entrada que repartía luego entre pollos y pollitas para que acompañaran á su hija y le ayudaran en la horrible tarea de descristianizar á la pobre muchacha. ¿Qué más? Hasta le

hacía fijarse en cosas ajenas de una doncella, cuando le acompañaba al baile ó al teatro. Es verdad que conociendo la tentación, quiso Inés resistir á ella, pero la madre le aconsejó que no disgustara al papá, para tenerlo más propicio el día de mañana; es cierto que al principio se pertrechó con todos los medios que le sugirió su fervor, y que iba al baile con cilicios, y al teatro con gemelos llenos de trapos para no ver nada y estar durante ese tiempo en oración; es también cierto que muchas veces se fingía enferma para no verse obligada á mezclar lo sagrado con lo profano, yendo á comulgar por la mañana, y por la noche al teatro; pero ¿puede tanto en una joven la seducción del mundo, cuando está autorizada con los malos ejemplos ó la imposición de los padres!

¡Ay padres! ¡padres! Cuando os veo conducir de la mano á vuestros hijos al templo santo; cuando os veo apartarlos de los peligros y conservar en ellos con mil industrias esa santa ignorancia de todo lo malo, que es como tutora de la inocencia, cuando veo que los apartais con cuidado del mundo y sus seducciones; entonces me parecéis ángeles de guarda, enviados por Dios al mundo para conservar en las almas la inocencia y la virtud. Pero cuando os veo acompañar á vuestras hijas al baile y á

los festines; cuando os veo llegar con ellas á las butacas de un palco, cuando observo que las metéis en medio del mundo y las exponéis á ser objeto de impuros deseos y bajas pasiones, entonces me parecéis diablos abortados por el infierno para arrancar del mundo la moralidad, la virtud y la inocencia. ¿Qué humildad no se rinde á los ciertos tiros de la vanidad halagada? ¿Qué planta se conserva lozana y hermosa arrancada del jardín y arrojada á un estercolero? ¿Qué corazón se conserva incólume y puro entre las embriagadoras seducciones del mundo, demonio y carne? ¡Ay, padres! ¡padres! ¡Qué tremenda responsabilidad tenéis contraída ante Dios si seguís los ejemplos del desdichado Agustín!

Este siguió llevando y trayendo á su hija á donde más pronto y mejor le parecía á él que perdería la vocación; hasta que un día la pobre muchacha, tímida y pálida, se acercó á su padre y le dijo:

—Papá, esta vida que llevo me es insostenible; yo no quisiera darle á usted el menor disgusto, pero así no puedo vivir. Por Dios, padre mío, tenga usted compasión de mi pobre alma, y no me obligue á ir á festines, bailes, ni reuniones, que me son más amargas que la muerte.

—¡Anda, escrupulosa! —le dijo él sonriendo:—¿No van fulanita y menganita, que son tan buenas ó mejores que tú?

—Sí, papá, pero por lo mismo que son más buenas podrán resistir ellas sin peligro; más yo, ¡imposible! ¡yo no puedo más!

—¡Pues tendrás que cumplir con los deberes que la sociedad y el nacimiento te imponen!

—Pero ¿qué falta hago yo en esas fiestas? ¿Qué tiene el mundo que ver conmigo? ¿Por qué me han de obligar á sentir unos remordimientos que me devoran?

—¡Calla y obedece, orgullosa! ¿Quieres tú reformar el mundo? Así lo has encontrado, y así lo dejarás.

—¡Pues yo no quiero alternar con el mundo!

—¡Pues alternarás por fuerza!

—Pues á donde quiera que vaya, llevaré el rosario en la mano y me meteré por los rincones á rezarlo, para que se burlen de mí, y no me quieran en ninguna parte.

—Pues hazlo, si te atreves, y vas á saber quién es tu padre.

Inés se apartó de allí vencida, pero con propósito de cumplir lo que dijo: y lo cumplió, porque á la primera reunión que fué se llevó su rosario y comenzó á rezar por los rincones; mas

apenas observó que unos se le reían, y otras se le burlaban, y aquellos cuchicheaban en otro rincón, mirándola con sarcástica sonrisa, se puso verde, se indignó, apretó el rosario entre los dedos hasta romperlo, y lo guardó medio destrozado en su bolsillo. El maldito respeto humano había triunfado de Inés.

El ángel de su guarda le inspiró en aquel momento una resolución heroica: —¡Sigue! —le dijo interiormente. ¡Sigue! Haz ese acto de humildad tres veces. Sufre otras tantas las burlas y moñas del mundo á imitación de aquél que por tu amor quiso ser burlado y escupido. Ponte por tres veces más por blanco de las injurias y chacotas del mundo, y tu victoria es completa. Pronto se te abrirán por premio las puertas del convento.

Ella fué á poner por obra esta inspiración; mas al notar el burlesco mohín que hizo una pelirrubia que allí estaba, desistió de su intento, diciendo: Bueno, otro día. ¡No! ¡ahora, ahora! —le decía su corazón.—¡Haz ahora el sacrificio! ¿Ahora? —contestaba ella— ¡qué vergüenza! otro día. . . .

¿Qué más? Nada: que aquella noche el ángel de su guarda se desveló y se entristeció, porque la conducta de Inés

le inspiraba serios cuidados. La había vencido el respeto humano; había sido víctima del maldito *qué dirán*. ¡Pobrecilla!



CAPITULO XII

De cómo á Inés se le fué apagando la luz, y poquito á poco se quedó á obscuras.

LOS deleites del mundo, sus gustos, comodidades, regalos y placeres, fueron poquito á poco y con muchísima blandura filtrándose en el alma de la pobre Inés, la cual fué despertando insensiblemente del sueño de la inocencia, y poniéndose en comunicación con el *gran mundo*. Cuando salió del colegio le pareció falta de modestia mirarse con detención al espejo; y tentación de vanidad (insulsa y repugnante para ella) oír las alabanzas que los hombres prodigaban á su hermosura. Por eso, asustada, cerraba los ojos y los oídos y se ponía colorada al ver aquellos espejos y al oír aquellas alabanzas; pero como á cada paso le salía un espejo retratando su belleza, y á cada momento

oía que la llamaban hermosa, elegante y guapa, se cansó la pobrecilla de ponerse colorada, se aburrió de tanto cerrar los ojos y los oídos, y dijo para sí un día cuando comenzó á componerse:

Pero, ¡qué tonta soy! ¿Qué mal hay en arreglarse una bien, ni en mirarse al espejo? ¿Qué pecado es que yo sea hermosa y que los hombres me lo digan? Y apenas hizo esta preguntas, cuando oyó allá en el fondo de su alma una voz clara, vigorosa y enérgica que le decía como á Eva en el paraíso: ¡De la fruta del árbol vedado no se puede comer sin morir! Yo no sé si esta voz era de Dios ó de la conciencia, ó de un gusanillo interior que anida en el fondo del corazón humano, y se llama remordimiento; lo que sí sé que Inés se estremeció al oírla, y estuvo para contestarle y obedecerle; mas se volvió á mirar al espejo, se hizo la desentendida, y el ruido y confusión del mundo apagaron y extinguieron el eco de aquella voz poderosa. La voz no dejó por eso de llamar y reprender; pero ensordecida Inés con el clamoreo y tráfago mundano dejó de oírla, y fué para ella aquella voz divina, la voz del que clama en el desierto, como dijo el profeta Isaías.

A todo esto, Inés no pensaba abandonar su vocación religiosa, eso no; pero ¡había tantas dificultades que vencer!

Se necesitaba un buen dote y la licencia de su padre, refractario como nadie á que fuera monja; y esto para ella era un obstáculo insuperable. No tengo otro remedio—decía—que resignarme, y seguir como voy, abrazarme con mi cruz y hacer en el mundo el bien que pueda.

—¡En el mundo no!—le gritaba la voz de la conciencia—en el mundo no, en tu retiro es donde has de abrazarte con la cruz y hacer el bien que puedas; pero Inés, aficionada ya algún tanto á las fiestas y diversiones, contestaba: ¡En el mundo, en el mundo! que así estará mi vocación más probada. Y la voz que (al parecer) sabía muchas sentencias de las escrituras sagradas, le respondió: El que ama el peligro en él perecerá. Y volvió á extinguirse de nuevo.

A pesar de todo esto, Inés cada día se engolfaba más en el mundo y navegaba por él á velas desplegadas. Se inscribió en muchas cofradías y hermandades, se cargó con la presidencia de las Hijas de María en su parroquia, con la de las conferencias de San Vicente y, no recuerdo con qué otro cargo en el Apostolado de la oración. Lo cierto es que la pobre no se daba un momento de reposo. La mañana la pasaba en el templo, luego dedicaba un rato á los pobres y á los negocios de sus cargos; después comía, y casi sin tomar descanso, hacía

ó recibía visitas; el resto de la tarde lo empleaba en el paseo, bien fuera en las Delicias, bien en la plaza de San Fernando, y la noche en la reunión ó en el teatro. Ella misma cuidaba de que el mejor coche que pasease por las Delicias y el mejor palco del teatro, y los vestidos más elegantes y de última moda fueran los suyos; engañándose á sí misma con la necia ilusión de que todo lo hacía para atraer los tibios á la piedad, y para llamar la atención á los descuidados á fin de ganarlos para Dios. Y cuando el gusanillo interior comenzaba á morder y á decirle que no era así, que no fuera tonta, porque á Dios no se engaña, entonces ella le contestaba que en el mundo era donde se reñían los combates más gloriosos, y donde mayores triunfos se obtenían; y más cuando ella, á imitación de San Pablo, se hacía todo para todos, á fin de ganarlos á todos para Jesucristo.

Yo no sé si nuestra joven los ganó: lo que sí sé es que el mundo le pagaba con ganancia las consideraciones que ella le tenía, porque en Sevilla no se hablaba de otra cosa que de Inés, maravillándose cuantos la conocían de ver en ella una espantosa mezcla de mundo y de religión. Según decían, Inés sabía hermanar como nadie los deberes religiosos y sociales; la piedad con el lujo, la

oración con las diversiones, la riqueza con el amor á los pobres. Cuando ella oía estas alabanzas, sentíase complacidísima en lo interior de su alma y le decía al gusanillo que dormía allá dentro: ¿Lo ves, lo ves? este es un triunfo de la religión: estas alabanzas que me tributan, no las tributan á mi persona sino á mi cristiandad, es decir, á Cristo, á quien yo haré que amen todos mis admiradores. Y el gusanillo con algún poco de insolencia le contestaba: ¡Tonta, tonta! acuérdate de lo que dijo el apóstol: Si yo pretendiera agradar al mundo, ya no sería siervo de Jesucristo: y se volvía á dormir.

Inés seguía afanosa su tarea de convertirse de piadosa en mundana, para hacer á los mundanos devotos como ella: por lo visto no había leído nunca la fábula de las manzanas podridas, pues de lo contrario, hubiera sabido á qué atenerse. La verdad es que los admiradores de Inés se iban multiplicando, y convirtiéndose en algo más que admiradores, en pretendientes. Todos los domingos y algunos días entre semana, se plantaban á las puertas de la iglesia donde ella oía misa, una turba de mozalbetes, y allí estaban esperando que saliera para echarle flores. Tan poderoso era el encanto de Inés para llevar la juventud indevota al templo; ¡digo

no! ¡a las puertas del templo! y no con esto se desengañaba.

Lejos de desengañarse formó un *círculo piadoso*, flor y nata de la devoción sevillana, y al cual puso el retumbante nombre de la *Caridad elegante*. Es de advertir que el dicho *círculo* lo componían unas cuantas amigas íntimas de Inés, jóvenes de su clase, un par de viudas jóvenes todavía, y una señora casada: estas últimas servían de acompañantes á las primeras en sus funciones de *caridad elegante*. Cuando se reunían trataban de los asuntos de piedad que tenían entre manos, y proyectaban tertulias, fiestas y bailes de confianza para hacer en ellos una colecta en beneficio de los pobres; y los ratos desocupados, que eran los más, los empleaban en alabarse mutuamente unas á otras; en burlarse del prójimo, cortando un vestido al más pintado, y en murmurar y criticar las acciones de los otros: achaque muy común entre mujeres.

Uno de los ramos de aquella *caridad elegante* era el buscar trabajo á los pobres, colocación al necesitado de ella, y recomendaciones á todo el que con buen título la pedía. Ellas tenían entrada en las fábricas de la Gran Cartuja, en el Hospital de la Sangre, en el Palacio Arzobispal, en la Fábrica de Tabaco, en el Gobierno, en la Capitanía General, y

hasta en San Telmo y en el Alcázar, cuando allí moraban los infantes ó los reyes. A todos estos puntos llevaban las jóvenes del *círculo piadoso* recomendaciones, credenciales, nombramientos y ascensos, con los cuales gravaban muchas veces la caja provincial ó municipal, y ejercían ellas la caridad á costa del Ayuntamiento ó de la provincia. Agustín, que á pesar de no ser hombre de política, pertenecía aquel año á la diputación provincial, ayudaba á su hija cuanto podía y estaba satisfecho, fuera de sí, loco de contento con la mudanza de Inés. Aquel era el triunfo mayor que él había obtenido en su vida.

Entusiasmado con su inesperada victoria, dábale Agustín á Inés para sus cofradías y asociaciones cuanto ésta le pedía. Un día le ocurrió á la niña una idea peregrina, que comunicó á su padre. Papá, le dijo, he pensado que podíamos hacernos célebres, á lo menos muy queridos y nombrados con poco trabajo: podíamos fundar un establecimiento de caridad y enseñanza en. . . . (aquí entra el nombre del pueblo donde radica la hermosa quinta de Agustín.) Las hermanas Terceras de San Francisco se encargarán de él y tendrán al mismo tiempo hospital y escuela gratuita. Con que llevemos allá unos días á predicar al Sr. Magistral, ó dos padres

del Loreto para que den una misión y espongan el asunto, el pueblo se entusiasmará y trabajará gratis ó poco menos hasta terminar el edificio: V. no tiene más que dar el terreno cerca del pueblo, y la madera (de tantos pinos como tenemos) y poner un par de carros á la disposición de aquel ayuntamiento; y en menos de nada está hecho el edificio y la familia nombrada patrona de una gran casa de beneficencia.

—Hermoso pensamiento!—dijo Agustín lleno de gozo—y maquinalmente prometió á su hija cuanto ella quisiera para realizarlo. Aquello de verse contado entre los ilustres patricios, y aclamado por amigo del país y por amparo y protector de la beneficencia pública; el considerarse respetado de sus compatriotas, adorado de su pueblo, y con su nombre inmortalizado, pudo tanto con él que dió por bien empleado cuanto su Inés quisiera gastarle: y añadió para sus adentros: Así me gusta á mí, que no piense en monjío; gracias á Dios que se le quitó ese capricho.

Inés, alentada con la promesa de su padre, comenzó á trabajar el negocio con mucha actividad: ya lo tenía casi todo preparado, y sólo faltaba que las hermanas terciarias se encargaran de la fundación. El día que fué á tratar de este asunto con la madre general, que

dó todo arreglado, es decir, todo no porque Inés quedó más desarreglada que nunca. Fué el caso, que mientras ella hablaba con las religiosas, se despertó otra vez el gusanillo interior, que por lo visto dormía, y empezó á decirle: ¿Y tú, por qué no entras monja? ¿Para cuándo lo vas á dejar?

Púsose de mal humor al oírlo, y le contestó como ofendida: ¡Más adelante, más adelante! Bastante hago con no renunciar á serlo, viéndome tan contrariada como me he visto, y tan pretendida como me veo. Yo no renuncio á mi vocación, pero más adelante. El gusanillo volvió á callar y ella comenzó á hablar consigo misma: Pero ¿tendré yo valor ahora para meterme monja? ¿Y qué falta hago yo en el convento? ¿Qué prisa tengo? ¡Si hace una aquí tanto bien que allí no podrá hacer! Y sobre todo que soy muy joven ¡Tiempo tengo! no renuncio á mi vocación, pero . . . ¡más adelante veremos!

Al decir esta última palabra, sintió un frío intenso y una grande obscuridad allá en lo más recóndito de la conciencia. Era que el gusanillo, cansado de llamar en vano, dió un golpe á cierta luz que allí había y la apagó, dejando á Inés en tinieblas.